

La muerte, esa señora

Por El caminante

La muerte, esa señora

Es la muerte el encuentro más callado,
la noche más eterna y más difusa,
es el vacío de las madrugadas,
el retorno a la tierra y su frescura.

Su condición de terminal certeza
resuelve, de una vez, todas las dudas,
ya no quedan resquicios en el alma,
ya no quedan respuestas o preguntas.

La muerte es una luz que nadie mira,
la muerte es una voz que nadie escucha,
es una flor sembrada en el desierto,
una esperanza que durmió desnuda.

No es mía tantas veces, pero es mía,
como es mío el color de las ternuras,

y yo sé que me espera a mí la muerte
en una triste y encalada tumba.

A veces me la encuentro en las paredes,
en una imagen sepia, en una mustia
palabra que me trae cien recuerdos,
en una soledad o en entre la espuma.

No es hermosa la muerte, es una dama
con poco amor, es una mano dura
que no tiene caricias para el alma
que no tiene calor en la cintura.

La he encontrado en la calle, en las miradas
nubladas de dolor, llenas de dudas;
en los parques desiertos, en los cines
y algunas veces en las sepulturas.

Y no es mía la muerte, pero es mía,
tiene un color cenizo de ultratumba,
es tan sola la muerte, es la tristeza
de la hora más sola y más oscura

Esa madrugada

Estábamos allí, llenos de angustia,
tristes en el silencio de la aurora
mirando como el alma se perdía
con pasos lentos, entre tantas cosas,
no solo eran tristezas lo que había
por momentos se sentía cólera;
estaba marchitándose de vida
y ella callada se marchaba sola.

No pregunté por qué, no había preguntas
no aquel instante, no en aquellas horas,
la casa se llenaba de dolor
y el dolor se adquiría tantas formas.

Busqué el amor en esa aurora tenue
pero el amor estaba entre las sombras,
busqué lo máspreciado de mis sueños
y ella, la de mi sueño, se moría sola.

Qué era de la vida en ese instante
cuando estaba ya el mar con menos olas,
cuando todos los seres que la amaban
no tenían ni lágrimas, ni rosas,
cuando de su jardín se deshojaba

las flores blancas y las flores rojas;
éramos tantos en aquella casa
pero ella estaba, en ese instante, sola.

Yo la dejé partir, era ya su tiempo
era el día preciso, era la hora
de abandonar los días de la vida
de navegar detrás de las gaviotas,
Toqué su frente cada vez más fría
y en el instante que besé su boca
supe que ya no estaba a nuestro lado
que se marchó al dolor callada y sola.

No hay muerto malo

Los muertos nos contemplan
desde la esquina opuesta de la vida.
Son buenos todos
los que se fueron al adiós más parco,
los que marcharon en el adiós último.

Uno los va conociendo en el velorio,
en las historias que se cuentan
el día de su muerte.

Y hasta el más desgraciado se hace hermoso,
y hasta el más aterido se hace cálido.

Y es que no hay solución en los humanos;
esperamos que alguien muera
para decir que es bueno.

Podríamos haberlo dicho en el oído,
cuando camina con sus penas grandes,
cuando escribía tristezas en su vida,
cuando abraza presencias infantiles,
cuando sonríe porque le besaron,
pero no,
esperamos su muerte
para decir que amó y que fue amado.

Por eso es que los muertos
que nos contemplan desde la otra esquina
deben llorar a veces
sin extrañar la vida.

Muertes en cámara lenta

Hay muertes de dolor, muertes de angustia
de esas que preferiría no saber;
son lentas, son absurdas, son intensas,
son humanas también.

He estado allí, cansado y de rodillas
sintiendo ese dolor que mío fue,
era esa muerte parte del infierno
que en vida debe ser.

Yo no sé ustedes, yo bebí esa copa
amarga y tenebrosa, una mujer
estaba en lo aterido de la vida,
y yo la amé.

Era su instante la tristeza andando
sin música, sin sonrisas, sin miel,
ella se fue machando suavemente,
y así se fue.

Fue una muerte sin grandes aspavientos
fue muerto con sabor de yo no sé,
fue la furia de un mundo que cobraba

con pura hiel.

Uno contempla como, paso a paso
se apagan los recuerdos y la piel,
como se apaga el alma lentamente
hasta dejar de ser.

Muerte súbita

Muertos de súbito, golpes de la vida
que vienen de la nada
son golpes que en la fila
del dolor nos atrapa.

Parado allí, en la puerta de la espera
cuando te alcanza un grito
agudo doloroso llega
desde un silencio herido.

No hay aire suficiente en los pulmones
ante el dolor agudo
que sin luz ni perdones
golpea bajo y duro.

Son muerte no anunciadas, implacables
como mordida en rabia
cuchilladas de tarde
que aprietan la garganta.

Son las inesperadas muertes nuestras
que nos dejan si aire
resumen de miserias
que muerden la tarde.

Y no hay llanto que calme la tristeza
solo existe el dolor
que perfora la puerta
del más amargo adiós.

Preguntas

La muerte es la tristeza de la vida,
es el final, es la palabra última,
en ella se resumen los recuerdos,
y crecen las indómitas preguntas.

No es por el cementerio o por las cruces,

tampoco es por las flores o las tumbas,
la muerte duele porque el que se marcha
nos deja navegando en mar de dudas.

Nadie sabe que océanos navegan
al subirse a esa barca, a dónde surcan
los viajeros que cierran su mirada
en medio de las flores y las furias.

Yo, quisiera saber a dónde marchan
mis muertos que la puerta fría cruzan,
a dónde se desgranán sus palabras
si allá sonríen o si allá se asustan.

Pero nadie responde a lo que digo,
nadie mi pecho lastimado ausculta.
y mis muertos se siguen alejando
mientras en mi dolor siguen preguntas.

¿A dónde llegan?

¿A dónde va la vida cuando mueres?

¿A dónde va el recuerdo cuando olvidas?

Respuestas no las hay, y las heridas
crecen en lo más lo hondo de los seres.

No importan las sonrisas, los placeres
los besos tiernos en las despedidas;
cuando llegan las horas doloridas
eternamente, no serás quien eres.

Será que hay más allá, que hay lo divino,
que hay vida en el final de la jornada,
que hay meta en el final de ese camino

o será que la senda allí tomada
es la culminación de tu destino
porque al final alcanzarás la nada.